

EL PERIODISMO EN MÉXICO

DURANTE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA

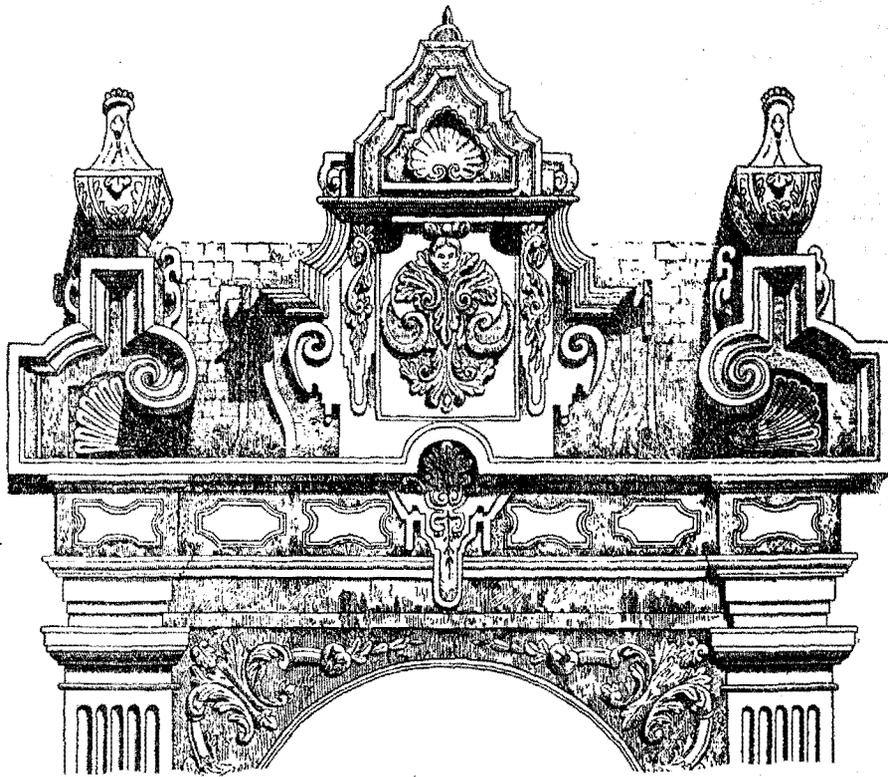
NOTAS

HISTÓRICAS, BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

POR

AGUSTIN AGÜEROS DE LA PORTILLA

(Es preciso haber sentido ese olor á pólvora, aquella á manera de fiebre que invade el organismo y que lo consume inevitablemente, como la túnica de Neso, para comprender la energía moral empleada y el desgaste nervioso de los hombres que viven de la prensa.)



INTRODUCCIÓN.

*Origen de los periódicos.—Los «fastos», las «actas públicas» y «diurnas.»—
Las primitivas «gacetas venecianas.»—Descubrimiento de la imprenta.
—Gutenberg y Koster.—Cómo surgió el periodismo en Europa, en Mé-
xico y en Estados Unidos.*

Ardua y de prolija labor es la obra de historiar la prensa pe-
riódica, «esa claridad del mundo social»—según las pintorescas
frases de Víctor Hugo—; «la trompeta viva que toca la diana á los
pueblos, que anuncia en alta voz el advenimiento del derecho, que
no toma en cuenta la noche sino para saludar la aurora, que adi-
vina el día y advierte el invierno.»

Los periódicos . . . Se imprimen en todas las capitales y ciuda-
des de alguna importancia, llegan hasta los pueblos más retirados,
andan de mano en mano, se mezclan á cuantas cosas hay en la vi-
da, y, sin embargo, pocos, muy pocos hombres conocen su histo-
ria y meditan en su grande y avasalladora influencia . . .

La prensa es un sacerdocio que, cumplido con amor y patrio-

tismo, es de los más nobles y más grandes. Es el arca simbólica que encierra el tesoro sacrosanto del respeto al derecho, del amor al débil, el fervoroso culto á la justicia; y el periodista, que es el sacerdote de ese culto, por la caridad, por el derecho, por la justicia y por la patria—el más sublime objeto en el cual los hombres pueden depositar un amor sobre la tierra—, entrega los tesoros todos de su inteligencia, las pasiones de su alma, las energías de su vida toda.

¿Por qué, pues, ha de permanecer aquélla ignorada en su historia y éstos desconocidos? Si pasan la vida hablando por los demás (la prensa no forma la opinión pública, pero es eco de ella), haciendo retratos, siluetas y perfiles, ¿no es justo que alguna vez, mano amiga trace los rasgos de su fisonomía profesional é inventarfe sin envidias ni olvidos, campañas y triunfos? ¡Cuántas figuras merítísimas de la prensa hay siempre olvidadas en la obscuridad de las redacciones y dignas por su modestia y su talento de ser conocidas y admiradas!

En cuanto á la prensa en sí, por mucho que se regateen y escatimen sus merecimientos, no se le podrá negar en justicia una virtud: la de enaltecer y glorificar por noble admiración, que no por vil precio, todos los nombres ilustres que son gloria y orgullo de la patria. Buscad manchas al sol, buscad pecados á la prensa, exclamaba un publicista; esta sola virtud los borra todos.

Además, los periódicos son obra y satisfacción de una de las necesidades más naturales y genuinas del hombre: el deseo de saber, la curiosidad. Así, vemos que en las remotas épocas en que no se había inventado, existían algunas costumbres que hasta cierto punto suplían su falta, correspondiendo, aunque imperfectamente, á la ansia de noticias y de comunicación.

En la antigua Grecia, los pórticos de las academias, gimnasios y baños públicos eran lugares de reunión y de tertulia, á donde solían concurrir los ciudadanos libres para enterarse de los sucesos más recientes, como si dijéramos, de la crónica del día. Hablábese allí de los casamientos celebrados ó próximos á celebrarse, de los atletas vencedores en las luchas, de las naves llegadas al puerto, de las facciones políticas, de la paz ó de la guerra, de los poetas y oradores, de las nuevas doctrinas filosóficas, de las cosechas y, en suma, de cuanto interesaba á tales hombres y en tales tiempos.

En Roma, los mismos lugares eran teatro de las mismas reuniones y con igual objeto, añadiéndose también las tiendas de los barberos, peluqueros y perfumistas. Tácito, en sus *Anales*, nos habla de una especie de *fastos* ó apuntaciones para la Historia, llamados «acta pública» y redactados ó mandados redactar por las

autoridades, en los cuales documentos se consignaban sucesos de importancia. Y fuera de estos escritos de carácter oficial, había otros documentos denominados «acta diurna,» que eran verdaderas gacetas locales y se fijaban en los sitios más concurridos, para que todos pudiesen leerlos y se enterasen de lo que pasaba. He ahí, pues, un embrión, un bosquejo de los actuales periódicos.

En la Edad Media, época de guerras y de azares, de credulidad y de aventuras, desapareció el «acta diurna» romana, y los centros de noticias fueron las barberías, las ferias y los pórticos de los templos, á donde acudían los *romeros* y *palmeros*¹ después de haber visto mucho mundo en sus largas peregrinaciones. Pero como tan exiguos medios no bastaban á satisfacer la general curiosidad, como las expediciones religiosas de las Cruzadas habían abierto á las miradas de Europa las misteriosas comarcas orientales, y las comunicaciones de algunos pueblos comerciales y marítimos con remotos países eran cada día más numerosas y frecuentes, hubo necesidad de buscar un medio por el cual las noticias llegasen con rapidez á conocimiento de todos.

En el siglo XV, la República de Venecia se hallaba en el más alto punto de prosperidad y gloria. Sus escuadras eran formidables y sus buques mercantes surcaban todos los mares entonces conocidos, volviéndose con observaciones interesantes y con frutos de todos los países por cuyas costas habían navegado. A su llegada al patrio puerto, agolpábase la multitud ávida de noticias, y para calmar la pública expectación, fué necesario escribirlas en unos papeles, por cuya lectura se pagaba una moneda llamada *gazeta*, equivalente á unos 4 ó 5 centavos de nuestra moneda; de donde resultó que á los mismos papeles noticieros se les llamó también *gazetas*. Contenían éstas, notas y precios de los productos en los distintos mercados, advertencias á los navegantes y noticias de sucesos sensacionales, tales como batallas, muertes de príncipes, naufragios, incendios, etc., etc.

Multiplicáronse los copiantes de *gazetas*, *fogli*, ó *foglietti d'avvisi* (que también tuvieron estos nombres); pero, á pesar de eso, no daban abasto á la necesidad para que ellas llegasen á manos de todos. Mas no hubo de prolongarse mucho ese estado de cosas, pues poco más tarde, el feliz éxito de los ensayos que en 1436 hiciera Gutemberg en Estrasburgo, colmaron este vacío, facilitando la estampa de cualquier manuscrito en cuantas copias se pidiesen.

¹ Llamábanse *romeros* los penitentes que para cumplir un voto iban en peregrinación á Roma ó á cualquier otro santuario de Europa, y *palmeros*, los que iban á Jerusalem.

Como todas las invenciones humanas, fué engendada y nacida la imprenta entre angustias y dolores, sin que con absoluta unanimidad se haya podido reconocer á Gutemberg por padre del nuevo arte de imprimir. Sábese que los chinos imprimían con caracteres movibles de madera desde el año 1100 antes de Jesucristo, y no faltan autores que han querido encontrar huellas de la imprenta entre los romanos, así en la forma de que habla Mr. Smilles como en la de tipos móviles también, fundándose en un pasaje de Quintiliano y en otros de Cicerón y de San Gerónimo. Los que tal dicen, afirman que los romanos conocieron ese arte, pero lo ocultaron al pueblo, temiendo que sobrevinieran malas consecuencias. Los holandeses atribuyen porfiadamente, por su parte, la invención de la imprenta á su compatriota Lorenzo Koster, natural de Haarlem.

Sábese, sin embargo, con toda certidumbre, que allá por los años de 1430 hizo Koster estudios y pruebas para obtener á leve precio una edición de la *Biblia del Pobre*, con muchos grabados y poco texto, cuyas líneas estaban reproducidas en madera. Los partidarios de Koster aseguran que éste había ya inventado el arte de imprimir con caracteres movibles cuando Gutemberg, en el año 1436, hizo sus primeros ensayos en Estrasburgo, gracias á la falsía de uno de los operarios de Koster, que le reveló el secreto. Los que reconocen á Gutemberg como inventor de la imprenta, niegan rotundamente éste hecho, aunque la historia del obrero infiel tenga visos de verisimilitud; mas, á pesar de la negativa, cabe sospechar que la idea de la impresión flotaría en el ambiente de la época y que Gutemberg fué el primero que la llevó á la práctica.

Aplicada en la República Veneciana la invención de la imprenta á la publicación de las *gazetas*, se difundió el uso de éstas á Génova y en seguida á los principales pueblos italianos, singularmente á los situados en las costas.

En esto, como en otras muchas cosas, precedió á Europa la China, aunque por su alejamiento sistemático de los demás países no haya perfeccionado sus invenciones. Sábese que de tiempo en tiempo mandaban los emperadores estampar el relato de los principales sucesos, en hojas de seda, á manera de grandes pañuelos, costumbre á que los historiadores asignan la antigüedad de más de novecientos años. Los ingleses fueron allí los promovedores del periódico moderno, fundando Morrison, en 1828, el «Diario de Cantón,» y en la misma ciudad, unos misioneros norteamericanos, «La Revista,» en 1832; por el año de 1840 aparecieron también en Hong-Kong varias publicaciones de esta índole.

No era posible que tan útilísima invención se limitase á una sola

comarca, y, así, el procedimiento veneciano se extendió por toda Europa, siendo Holanda, en aquel entonces centro industrial, mercantil y navegante por excelencia, la que se adelantó á los demás países y tuvo sus periódicos con los nombres de *Gazetas* y de *Correos*.

Inglaterra ha pretendido disputar á Holanda la antigüedad en el periodismo; pero parece estar demostrado que los *Papeles nuevos* de los ingleses (este nombre dieron ellos á sus primeros periódicos) fueron posteriores á las *Gazetas* holandesas. Si corresponde á Inglaterra el honor de haber tenido el primer diario, que merece tal nombre por haberse publicado todos los días. Fué este el «Daily Courant,» de Londres, que apareció el 11 de marzo de 1702.

No vamos á bosquejar ahora la historia de los primeros periódicos en los principales Estados del viejo y del nuevo mundo, ni á recordar los accidentes y vicisitudes por que atravesaron Lauterback y Barchfeld, en Alemania; Nedham, en Inglaterra; Renaudot en Francia, y tantos otros que podrían ser llamados protomártires del periodismo; pero sí consignaremos que, lejos de ser México una de las últimas naciones en que se implantó el periodismo, tuvimoslo con regularidad en los albores del siglo XVIII, y en la forma primitiva de papeles sueltos ú *hojas volantes* desde los comienzos de la centuria decimoséptima, en cuya época empezaron á ver la luz pública algunas hojas, que aparecían á la llegada de los navíos de aviso y de las flotas, y en las que se relataban sucesos de actualidad. Verdad que esos impresos ni tenían título constante ni se sucedían con intervalos regulares de tiempo, ni fueron al principio muy frecuentes; mas no es ambiciosa infundada pretensión considerarlos como esbozo, toscamente imperfecto si se quiere, pero esbozo al cabo, del periódico moderno.

Correspondió, pues, á México el honor de haber hecho en América los primeros ensayos periodísticos con las *hojas volantes* de principios del siglo XVII. Los Estados Unidos hicieron su primer ensayo con la «Gazeta de Boston,» el 25 de septiembre de 1690, la cual fué prohibida al punto por las autoridades coloniales. De ella sólo se publicó un número. El mismo año y por orden del Gobernador Fletcher, se reimprimió en Nueva York un ejemplar de la «Gazeta de Londres» dando noticia de una victoria de las armas británicas contra los franceses. El 24 de abril de 1704, apareció el «Nuevo Correo» de Boston, que daba cada quince días una hoja, y en 1719, la «Gazeta de Boston,» á la que siguió el «Correo de Nueva Inglaterra,» fundado por J. Franklin, y cuyo redactor principal fué su hermano el célebre Benjamín Franklin.